

—¡Nada de particular hay en ello!... El señor de Maudhuy es célibe rico... ¿y quién sabe? Ahora todo depende de vos; yo en nada me meto... En todo caso, no os olvidéis de enviarme á vuestro hermano, —añadió tendiendo la mano á uno de sus clientes que acababa de entrar.

Luz salió con la cabeza llena de extraños pensamientos.

## V

Luz consideraba ya salvado de la ruina á su hermano y á su sobrina ricamente establecida.

No era más que un sueño, ¿se realizaría?

Al pasar por la plaza de la Iglesia vió una boda que salía de la Alcaldía, con música á la cabeza: esto le pareció de mejor augurio.

Entró en la iglesia para dar gracias al Señor, se arrodilló, sacó de su bolsillo el libro de horas, y al abrirlo reconoció en él, el que había sustraído á la vista de Florimond, y dentro, como señal, una fotografía de una joven de quince años, con esta dedicatoria:

*Al su buena amiga Clementina Baumet*

*Susana Maudhuy.*

Casi se desmayó de sorpresa.

¡Susana Maudhuy! ¡Probablemente era la joven hermana de que Rastard acababa de hablarla! ¡Era la amiga de Clementina! ¡Entonces el matrimonio marcharía por sí solo, estaba indicado!... ¡No había duda posible!

Desde aquel momento no debía sorprenderla nada de lo que concurriese fortuitamente á la realización de su sueño.

Así es que, cuando después, al ver á Clementina y saber que ésta acababa de recibir una carta de su amiga de colegio, la preguntó:

—¿De Susana Maudhuy, no es eso?

—¡Calle! ¿Cómo lo sabes?

—¿No es tu mejor amiga, cuyo retrato tienes en tu libro de misa?

—Sí, es ella... Me amenaza con una cosa imposible... Pero no, no; yo no iré...

Y hablando así, miraba, preocupada, hacia la calle. De pronto tiró la carta sobre una mesa, corrió á la ventana y se asomó á ella. En aquel momento pasaba Luis de Charens con su madre; un criado llevaba en un carretón los

equipajes. Luz vió que Luis y Clementina cambiaron un signo de despedida.

—Si, miráos bien, —se decía; — despedíos por última vez, porque no os volveréis á ver más, os lo juro.

Había recogido la carta de Susana y la leía. La alegre niña informaba á su amiga: que ella y su hermano acababan de llegar á Ronchès, en donde permanecerían un par de semanas ó acaso más; que como no se habían visto desde el colegio, debían aprovecharse de la ocasión que las hacía vecinas; tres leguas no eran nada. Clementina iría á pasar algunos días en Ronchès y Susana por su parte iría á Clamecy. Sería delicioso. Esto se renovaríá todos los años, porque Maudhuy tenía pasión por la casa en que habían nacido; era preciso arreglarla; él vendría á menudo cuando funcionase el ferrocarril proyectado.

*No creo que mi hermano—asi terminaba la carta—te asuste. Te ha visto en el colegio y te estima en alto grado, porque sabe lo mucho que tú quieres á su hermanita. No piensa más que en sus negocios, y nos dejará perfectamente tranquilas; seremos las amas de la casa, nos haremos campesinas, arreglaremos el corral de las gallinas, el establo de las vacas... ¡Ah!*

*¡pero os conozco muy bien, y pobre de vos si desdeñáis la sociedad de una chiquilla!... porque si no estáis aquí mañana por la tarde, iré pasado en tu busca, acompañada de mi fiel miss Mary, que es fuerte como un gendarme, y sabremos hacerte pagar muy caro tu crimen de lesa amistad!...*

—Perfectamente, —dijo Luz;—¿qué vas á contestar?

—¡Dejadme en paz!— exclamó Clementina irritada.

Luz no insistió, contando con la visita anunciada de Susana.

En efecto, al día siguiente, un coche antiguo, tirado por dos fuertes normandos, y conducidos por un aldeano con blusa, se detenía delante de la puerta. Una mujer de edad, alta y seca, y una joven, casi una niña, se apearon del vehículo. Esta última, rubia y graciosa criatura, saltó ligeramente á tierra, corrió á la casa y se arrojó en los brazos de Clementina, que salió al corredor á recibirla.

—¡Y es así como recibes mis abrazos!—dijo, al notar la frialdad de su amiga.

Bien pronto hubo explicaciones, súplicas, tiernos reproches; porque Clementina, bajo diferentes pretextos, se negaba á ir á Ronchès.

En vano Luz unía sus instancias á las de Susana; preciso fue que Baumet, que se hallaba en la casa, decidiese la victoria interponiendo su autoridad.

Pero Clementina estipuló que no permanecería en Ronchèes mucho tiempo, y que irían á buscarla á los tres ó cuatro días.

—Si viene alguna carta para mí—dijo á su tía,—te suplico me la envíes en seguida.

—Te lo prometo, puedes estar tranquila.

Algunas horas después, el pesado carruaje, llevándose á las dos jóvenes y al aya, tomaba el camino de Ronchèes.

## VI

El jueves 9 de septiembre tuvo lugar, en el gabinete de Rastard, la junta ó más bien reunión de acreedores.

Baumet se presentó á las nueve y media. Encontró al Agente de negocios en conferencia con un personaje de gran bigote, de aspecto de matón, que al verle entrar, murmuró:

—¡Vamos! ya empieza la procesión, el desfile de las víctimas.

—¿Cómo víctimas?—exclamó Baumet.—Sabed, caballero, que aquí á nadie se sacrifica.

—Es el concursado,—indicó por lo bajo Rastard á aquel individuo.

—¡Ah! es diferente,—dijo éste, saludando irónicamente á Baumet.—Caballero, por triste que sea el papel que vengo á representar, le prefiero al vuestro.

—¿Qué decis?—dijo Baumet.—¿Tratáis de insultarme?

—¡Callad de una vez!—dijo Rastard al oído de Baumet.—Es el representante de la casa Sauvageot, de París, á quien debéis dos mil francos.

—¡A mí que me importa Sauvageot!...

La llegada de los acreedores cortó la conversación.

Entraron uno detrás de otro, con sus títulos debajo del brazo, graves y acompasados como diplomáticos, y sucesivamente se iban colocando á lo largo de las paredes del gabinete en las sillas que Rastard había hecho poner allí con aquel objeto; Fillon, el usurero; Sicorel, el negociador; Duclou, el testafarro de un rico personaje muy conocido; Morinant, el caritativo; Niquedat, el avaro, y Fouchelard, el in-

tratable; luego algunos apoderados de acreedores ausentes, y en fin, una media docena de aldeanos de las cercanías á quienes Baumet había comprado granos y que deseaban saber cuándo cobrarían el precio de sus cosechas.

Rastard expuso la situación.

—Señores, —dijo; —el señor Baumet, vuestro deudor, y no temo decirlo, vuestro amigo, porque á pesar de las recientes dificultades, todos le habéis conservado, estoy seguro, vuestra estima y amistad, el señor Baumet, repito, á consecuencia de desgracias tan imprevistas como inmerecidas...

—¡Desgracias... ya! —dijo irónicamente Sauvageot.

—¡Sí, desgracias! —insistió Rastard, —y si el tiempo me permitiera haceros el relato de sus operaciones durante estos últimos años, ya veríais...

—¡Vamos! —le interrumpió Sauvageot, —yo voy á deciros sus desgracias: la pereza, la negligencia, la permanencia continua en los cafés...

—¡Cómo! —exclamó Baumet furioso.

—Y después, —continuó Sauvageot, —sus locos gastos. El señor no se privaba de nada; ha hecho educar á su hija como una Princesa...

—¡Oh! bribón; ¡me reprocha la educación

de mi hija!... ¡Dejadme! —añadió hablando con dos ó tres campesinos que le impedían se lanzase contra Sauvageot; —dejadme que le de una lección!

—¡Vamos, vamos! —decían los otros acreedores á Sauvageot, —no le excitéis así! ¿De qué sirve eso?

—Sirve para desahogarme. Pierdo bastante con él para no cantárselas claro.

—Pero nosotros también perdemos.

—¡Oh! vosotros...

—¿Nosotros, qué? ¿Acaso nuestro dinero no es tan bueno como el vuestro?

—¡Dejadme en paz! ¡Entre provincianos siempre halláis medio de arreglaros!

—¿Cómo que nos arreglamos?... ¿Qué quiere decir eso?

—¿Dudáis de la legitimidad de nuestros créditos?

—¿Nos tomáis por algunos bribones?

Fue un *tolle-tolle* general y Sauvageot tuvo que hacer sus excusas.

Rastard deploró aquel conflicto; luego volvió á su discurso, exponiendo la situación, del cual resultaba que Baumet tenía tanto de activo y tanto de pasivo... y que por consecuencia, podía, en rigor, dar un dividendo de cincuenta por ciento.

—Pero, señores, vosotros no deseáis semejante resultado. Baumet obra de buena fe, y sería indigno despojarle por completo. Por otra parte, es aún joven, es necesario que pueda trabajar, restablecer sus asuntos; para esto necesita un pequeño capital.

Y Rastard propuso dejar á Baumet su casa y una docena de miles de francos, lo cual reduciría el dividendo á un treinta y cinco por ciento.

Apenas terminó su propuesta, Sauvageot se levantó y dijo enérgicamente:

—¡No admito!

—Pues proponed otra cosa mejor.

—Quiero que Baumet abandone todo lo que tiene: quiero que no se le deje un céntimo.

Un murmullo de desaprobación acogió estas palabras.

—¿No os conviene?— prosiguió Sauvageot paseando una mirada circular por la Asamblea.—¿Tenéis fe en la actividad; en la inteligencia comercial de Baumet? Pues yo tengo el sentimiento de no creer en ella; un disipador, un corredor de ferias y tabernas... Es mi opinión, ¿qué queréis? Sin embargo admito que pueda engañarme; ¡sea! Baumet se enmendará; trabajará seriamente en reparar sus pérdidas; puede intentarse la prueba, y leo claramente en vuestros ojos que estáis resueltos á intentarla...

¡muy bien! Pero, señores, permitidme que os lo diga... cuando uno se entrega á tales experiencias, es preciso que tengan alguna probabilidad del éxito. Ahora bien, ¿qué queréis que haga Baumet con los doce mil francos que se nos proponen dejemos en su poder? ¡Es una irrisión! O todo ó nada; si queréis que marche, dadle los medios para ello. Además, sois libres para obrar, á mí nada me importa: ¡hace tiempo que he hecho el sacrificio de mi crédito!

Y se separó de los demás, yendo á sentarse á un rincón.

Sordos cuchicheos se elevaron de todas partes.

Rastard, que durante esta tirada había conservado una actitud meditabunda, alzó la cabeza y declaró que Sauvageot hacía mal en no reconocer las buenas intenciones y aptitudes de Baumet, pero que apreciaba la situación, y si se quería que Baumet saliese adelante, era preciso dejarle medios para ello...

Mientras que así peroraba, Baumet, resentido aún por las injurias de Sauvageot, se acercó á éste con aire amenazador.

—¡A ver si estáis tranquilo, qué diablo!— le dijo Sauvageot por lo bajo;—¿no conocéis que se les *arma un lazo*?

Estas palabras, *armar un lazo*, aclararon las dudas de Baumet. Comprendió que Sauva-

geot era el compadre de Rastard; que desde el principio de la sesión se había mostrado intratable y había herido á los demás acreedores, para inspirarles el deseo de vengarse de él mostrándose indulgente con su deudor.

Desgraciadamente no era solo Baumet el que había oído la declaración de Sauvageot.

—¿Cómo, *armarnos un lazo*?—exclamó Fillón que había cogido la frase.—¡Señores, se están burlando de nosotros, nos explotan!

Un clamor general se extendió por todo el estudio.

—¡Cómo! ¿qué es lo que hay?

—¡Ese señor nos armaba un lazo!

—¡Eso es indigno!

—¡Lo sospechaba!

—¡Esas cosas no se hacen por nada!

—¡Apuesto á que ya tiene su dinero!

—¡Valiente pillo!

—¡Salgamos de esta huronera!

Baumet estaba aterrado; Sauvageot protestaba; Rastard suplicaba que le escuchasen; pero le volvieron las espaldas burlándose de ellos.

—¡Citadnos para otra vez!

—¡Nada de arreglos!

—¡Que se declare la quiebra!

—¡Los tres debían ir á presidio!

—¡Buenos peines están!

Y todos se dirigían á la puerta.

De pronto se abrió ésta, apareciendo en su hueco Luz, tranquila y sonriente.

Todos guardaron silencio.

—Y bien, señores;—dijo,—¿qué pasa? Por lo que veo no hay acuerdo ni arreglo alguno.

—Estos señores—dijo Rastard—no quieren oír hablar de arreglo.

—Y tienen razón—dijo Luz,—porque vengo á satisfacer sus créditos por completo.

Un murmullo de admiración corrió por la sala. La abrieron paso y Luz se dirigió á la mesa de Rastard, entre una doble fila de rostros, antes furiosos ó desanimados, ahora tranquilos y satisfechos.

—Tened la bondad de ir llamando—dijo Luz á Rastard.

Al mismo tiempo sacaba una cartera repleta de billetes de Banco.

Rastard empezó á llamar. Cada acreedor se presentaba al oír su nombre, entregaba sus títulos, tomaba lo que le correspondía y se retiraba. Y los nombres se sucedían; y Baumed no comprendía nada; y Rastard, casi escandalizado, exclamaba:

—¡Pero esto no es una quiebra!...

—No; es una liberación completa—dijo Luz, despidiendo al último acreedor pagado.

—Pero, en fin, ¿me explicarás lo que esto significa?—preguntó Baumet.

—Nada más fácil—dijo Luz.—Ven conmigo.

Y después de haber saludado y dado gracias á Rastard, se dirigió con su hermano hacia el barrio de Beuvron.

## VII

Fácil es adivinar lo que había pasado, y no necesita explicación.

Maudhuy amaba á Clementina, no sólo porque era la compañera preferida de su hermana, sino también porque en las raras ocasiones en que pudo verla, había admirado su belleza y sentido en su presencia esas vivas sacudidas interiores, por las que se anuncia la pasión.

No era tampoco fortuitamente, como lo creía la inocente Susana, que había ido á pasar algunos días á Ronchèes, sino porque sabía que las dos amigas se aprovecharían de la proximidad para visitarse, y así podría volver á ver á Clementina.

Cálculo inconsciente, á la verdad; porque le

entristecía la pasión que invadía su pecho; se decía, con cierta especie de vergüenza y de irritación contra sí mismo, que su joven hermana que había recogido en la cuna y criado, para la cual trabajaba y reunía una fortuna, que era toda su familia, su afección, su porvenir, tenía ahora una rival en su corazón, y una rival preferida.

Pero estas veleidades de resistencia se desvanecieron á la vista de Clementina; había vuelto á caer bajo el encanto y no había tratado de defenderse; lejos de dejar solas á las jóvenes como había supuesto Susana, no se separaba de ellas, mezclándose lo más que podía y bastante imprudentemente á sus paseos y á sus juegos.

La visita de Rastard, citándole para la junta de acreedores de Baumet, le había trastornado algún tanto. Se sentía movido de piedad por aquella bella joven, tan indiferente al borde de la ruina.

Fatalmente su nombre se hallaba mezclado en aquel desastre, á propósito de un mal crédito de que ni siquiera se acordaba. Clementina lo ignoraba, es verdad; pero más tarde lo sabría y no dejaría de maldecirle. ¡No! era preciso impedirlo á todo trance.

Se informó minuciosamente de Rastard; lue-

go partió á París donde reunió fondos y llegó á Clamecy la misma mañana de la junta, en el momento en que Luz empezaba á desesperar.

El lector puede figurarse las muestras de agradecimiento de la jorobada cuando se le presentó con su hermano Baumet.

—¡Anda! ¡dale las gracias!—decía á su hermano;—¡él es quien nos salva!

—¡Sí, por cierto!—añadió Baumet estrechando enérgicamente la mano de Maudhuy, —acabáis de hacerme el mayor servicio que he recibido en mi vida. ¡No sé cuándo podré pagároslo!

—Cuando queráis,—dijo Maudhuy; no os apuréis por eso.

—Guardad los títulos al menos; os habéis sustituido á mis antiguos acreedores...

—No; vuestra palabra me basta.

Por un sentimiento de delicadeza, Maudhuy quería que no dijese á Clementina lo que había pasado.

—¡Oh!—dijo Luz,—sería tan feliz, tan reconocida...

—No, no; os lo suplico.

Antes de partir, insistió de nuevo con Luz para que guardase silencio. La jorobada se lo prometió; pero sabía el modo de eludir aquella promesa.

Al día siguiente Clementina volvió á su casa. Se quejaba de que hubiesen faltado á su palabra, dejándola tantos días en Ronchès; luego preguntó si habían llegado cartas para ella en su ausencia.

—No,—dijo Luz, habiendo recibido cinco;—pues te las hubiera enviado, según convenimos.

Clementina no tuvo la menor sospecha. Hizo un gesto de despecho, y fue á encerrarse en su cuarto, triste y agitada por un sombrío presentimiento.

Sin embargo, podía ser muy bien que Luis no hubiera podido escribir, que estuviera enfermo... Los días siguientes esperó ansiosamente al cartero; fue inútil; no recibió carta alguna.

¿Se vería tan pronto olvidada?

Una noche, Rastard, detenido á comer, se puso á hablar delante de Clementina del viaje de la señora de Charens y de su hijo; acababa, según dijo, de tener noticias suyas.

La reconciliación entre hermano y hermana era completa: Quillat estaba encantado de su sobrino y le dejaría toda su herencia; su madre soñaba para él un magnífico enlace. Se hablaba ya de una rica heredera con la que no tardaría en casarse...

—Dios mío, ¿qué tienes, Clementina?—dijo



Luz, precipitándose hacia su sobrina, que parecía próxima á desmayarse; tal era su palidez.

—¡Nada... nada!—dijo la joven procurando reponerse.

Pero se vió precisada á retirarse á su cuarto, donde Luz tuvo que aflojarla la ropa, porque materialmente se ahogaba. Algunos minutos después, un torrente de lágrimas le prestó gran alivio.

Ya no había duda posible. Estaba vilmente abandonada. Fue un dolor horrible, entrecortado por accesos de rabia y de venganza.

Luz la cuidaba y la atendía lo mejor que podía; no se explicaba, decía ella, aquella crisis nerviosa, pero esperaba que no tendría resultado alguno. Trataba de distraerla, de animarla; no hacía alusión alguna á Luis de Charens, pero sí se extendía en alabanzas de Susana y no cesaba de admirar la bondad y desinterés de Maudhuy.

Clementina apenas la escuchaba.

Un día, al atravesar la habitación de su tía, vió al pie de un mueble un pliego de papel doblado en cuatro partes, que cogió y desdobló maquinalmente.

De repente se estremeció. Era la copia de la diligencia de embargo practicada por Florimond. La leyó rápidamente.

*A petición del señor Maudhuy...* ¿Qué significaba aquello?... ¡Luego seguía la lista de los efectos embargados... la casa... todo lo que la pertenecía... todo en poder de la Justicia!... ¡Era imposible!

Corrió inmediatamente á la cocina, donde se hallaba Luz, y mostrándola el papel, le pidió su explicación.

Luz pareció consternada.

—¡Dios mío!—dijo,—¿dónde has encontrado eso?

Luego empleó reticencias... trató de eludir la pregunta... había jurado no decir nada... hasta que al fin, vencida por la insistencia de Clementina, consintió en decírselo todo.

Puede muy bien imaginarse el lector cómo fue hecho aquel relato, con qué habilidad la jorobada supo poner en relieve el peligro de su hermano y la generosidad de Maudhuy.

—Lo que no comprendo es,—dijo al concluir,—qué es lo que hemos podido hacer al señor Maudhuy para merecer de su parte semejante sacrificio.

Tal vez Clementina lo comprendía, porque el amor de Maudhuy no había dejado de traslucirse durante su corta permanencia en Ronchèes, pero no por eso su admiración fue menos viva.

—¡Qué diferencia del *otro* que la había olvidado tan pronto, á pesar de sus juramentos!

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?— exclamó,—¿acaso el reconocimiento de nosotros tres es bastante para semejante beneficio?

Maudhuy, llamado á París por sus negocios, no estaba en Ronchèes. ¡No importa! Clementina sentía en sí una necesidad de darle gracias por su abnegación, y quiso absolutamente ir á París.

Luz, después de una fingida resistencia, concluyó por ceder...

Seis semanas después, Clementina Baumet, que ninguna noticia tenía de Luis de Charens, se casaba con el señor Maudhuy.

—¡Qué dicha!—exclamaba Susana;—ya no somos solo amigas; somos también hermanas.

Tal era la historia de este matrimonio, cuyas verdaderas causas tanto había tardado en descubrir Clementina.

### VIII

Estamos en la época en que nuestro relato continúa, en el momento en que lo interrumpimos para dar cuenta de los acontecimientos precedentes.

Clementina corría, pues, en tren expreso á reunirse con el amante de otro tiempo, que era socio y amigo de su marido.

En la estación de Villanueva de San Jorge, titubeó un instante... ¿Pasaría tan cerca de su marido y de su hijo sin abrazarles? ¿qué pensarían si supieran que había pasado sin detenerse? Además, Luis vendría probablemente á la casa de campo y podría hablarle; decididamente era mejor que se quedase allí.

Se asomó al ventanillo para hacerse abrir; pero había terminado el tiempo de parada y el tren se ponía en marcha.

—¿Qué importa?—se dijo.

Y volvió á sentarse.

No encontró en la casa de la calle de Enghien más que á la anciana criada encargada de su cuidado, y que se sorprendió de verla llegar sola tan inquieta y agitada.

Tantas emociones y el viaje la habían aniquilado. Se encerró en su habitación y dedicó algún tiempo á su tocador. Luego entró y pasó al salón. Una de las ventanas daba á las oficinas; se apoyó en ella y miró.

La criada le trajo un refrigerio y trató de comer algo para reponerse un poco; pero le fue imposible. Se apresuró á volver á la ventana, más inquieta y más nerviosa.

De pronto pareció tomar su partido y volviéndose á la criada, que estaba recogiendo el servicio, la dijo:

—Id á decir al señor de Charens que le suplico venga aquí; tengo que hablarle.

Apenas había dado esta orden, se arrepintió. ¿Qué iba á decirle? No lo sabía, aunque no hubiera pensado en otra cosa desde por la mañana... Sin embargo, Luis acudiría sin duda á su llamada...

Trataba, pues, de coordinar sus ideas, cuando el ruido de pasos que sonó en la antesala la hizo estremecer.

Llevó vivamente la mano á su corazón para contener sus latidos, y consiguió, si no tranquilizarse, al menos aparentar calma y seguridad.

Luis entró, saludó gravemente, según su costumbre, y esperó sus órdenes.

Con voz muy poco segura, Clementina se excusó de haberle incomodado; pero había partido precipitadamente de Clamecy para un negocio urgente; no se había detenido en Villanueva, y por tanto le rogaba le diese noticias de su marido y su hijo...

Sin parecer notar su turbación ni la extrañeza de aquella rápida vuelta, Luis contestó que toda la familia gozaba de excelente salud;

y que la indisposición de Maudhuy no había tenido agravación alguna.

—¡Ah, tanto mejor! Yo estaba inquieta, no se por qué... Tenía presentimientos... ¡Pero, á Dios gracias, me engañaba!

Y con gran volubilidad, como si tratase de aturdirse á sí misma, se puso á hablar de su viaje, de la enfermedad de su tía, de su padre y de su antigua casa, que tenía para ella recuerdos tan queridos y tan crueles.

Aquí se alteró su voz, ardientes lágrimas llenaron sus ojos, y de pronto, incapaz de dominarse más, se lanzó hácia Luis diciéndole:

—¡Perdón!... ¡perdón!...

—¡Perdón!... ¿De qué?—dijo estupefacto.

—¡De las vilezas de que soy culpable contra vos... Os he abrumado de ultrajes, de sarcasmos!... ¡Oh, esto es indigno!... ¡Pero estaba loca... ciega... ¡Vos habéis debido verlo!... ¡Ahora lo sé todo!

—¿Que sabéis todo?...

—Sí. Las cartas que en otro tiempo me escribistéis... mirad... ¿las reconocéis?

—¡Ah!... ¿Y bien?

—¿Son las mismas, no es verdad?... ¡Con qué emoción las he leído esta mañana! ¡Oh! ¡por qué no las habré leído antes!

—¡Cómo! ¿no las recibisteis á su tiempo?

—A no ser por eso, ¿os hubiera maldecido, insultado y perseguido, como he hecho? ¿Comprendéis ahora cuánto he sufrido? Aquel implacable silencio cuando me jurastéis escribirme... me hizo creer que me habíais olvidado... ¡porque era pobre!... ¡Os tuve por un infame!... ¡Oh, si hubiera podido vengarme! ¡Ah! ¡qué bien dispusieron ellos su infernal plan! Me presentaron á Maudhuy. Era un modelo de generosidad... nos había salvado de la ruina... estaba enamorado de mí... y era rico... ¿Rico?... ¡Aquella era mi venganza... y me arrojé en sus brazos!... ¡Desgraciada!

Un amargo sollozo la hizo interrumpir; luego prosiguió:

—Yo llegué á creer que le amaba... y casi le amé enfurecida contra vos. Así, ¡con qué alegría supe que la herencia de Quillat se os escapaba! y más tarde, ¡qué gozo el mío cuando os ví obligado á aceptar las proposiciones de Maudhuy! ¡He sido yo quien le sugerí esa idea! quería teneros aquí, á mi lado, para humillaros, para escarneceros. ¡Oh! ¡demasiado llevé al extremo mi intento! ¡Dios mío, cuánto os he hecho sufrir! ¡Cuán resentido debéis estar!

Luis escuchaba con una sonrisa triste y dulce.

—No, dijo, —no estoy resentido.

—¿De veras? ¿Es preciso?—dijo ella con

viveza al par que con inquietud. ¡Oh! ¡qué bueno sois! ¡No conocía bastante vuestro corazón!... ¡Durante toda esta persecución, ni una queja, ni una palabra de reproche!... ¡Y eso que debíais creerme pérfida y miserable!... ¡Me despreciábais sin saber que era muy digna de compasión, os lo juro!

—Olvidemos todo eso, que ya pertenece al pasado.

—¿Olvidarlo?... ¡Jamás! ¡Que mi tía, que me adoraba, haya temido para mí la ruina y la miseria; que haya recurrido á indignos manejos, se lo perdono; pero á él, el cómplice y probablemente el instigador de ese fraude, á él, que me ha comprado por un puñado de oro!...

—¡Oh! señora...

—¿Le defendéis?... ¿Quién nos ha separado? ¿Quién es la causa de que durante cinco años nos acusemos y nos maldigamos mutuamente?... ¿Quién es el ladrón de mi felicidad?... ¡Perdonarle yo!...

—Que le perdonéis ó no, no por eso dejaréis de pertenecerle.

—¿Por qué me ha engañado vilmente?... ¡No; no le pertenezco! Nuestros contratos son nulos. ¿Era yo libre al firmarlos? Y... ¿Quién me censuraría si los desgarrase, los pisotease y recobrase mi libertad?... Que desaparezcan,

pues, como un mal sueño, esos cinco años malditos, y tomemos nuestra vida en el punto en que la hemos dejado, tal como se abría delante de nosotros, bella, sonriente, cuando nos amábamos...

Y al decir esto, le miraba con una sonrisa de amor acariciadora; pero él respondió con sordo acento:

—¡No, es imposible!

—¡Imposible!... Y ¿por qué?

—Porque no está en nuestro poder borrar el pasado; porque... ¡engañada ó no, me habéis rechazado y os habéis entregado á otro!

—¡Es que yo no amo á ese *otro*... al contrario, le aborrezco!

—¡Eh!... ¿qué importa?... ¿Rompe acaso vuestro odio el lazo que á él os une?... Y además, ¿á qué conduciría vuestra idea?... A una intriga clandestina... la eterna novela del adulterio, y... ¡sería una vergüenza... una villanía!... Maudhuy es mi socio, mi amigo, mi protector.

—¡Oh... desventurada de mí!... ¡Ya no me ama!... ¿Qué le importarían todas estas consideraciones si me amase?... ¿Amará á otra, tal vez?

Luis hizo un gesto de impaciencia.

—Pero no; ¡es verdad!—continuó ella.—

¡Basta lo que yo he hecho para que me aborrecáis! ¡Oh! he sido implacable; he clavado cien veces el hierro en la misma llaga. Vuestro corazón sangra aún, y comprendo que no podáis perdonarme así, de repente... Sin embargo, ¿no habéis comprendido que aquellos rigores, aquel encarnizamiento, eran amor, sólo amor?

¡Os lo suplico, no me condenéis, dejadme tiempo para reparar mis faltas! Veréis cuán buena seré para vos, cuánto os amaré...

Y juntaba sus manos suplicantes, y él repetía lo que antes había dicho: que no estaba resentido... Cuando se oyeron precipitados pasos en la antesala, y antes de que ambos hubieran tenido tiempo para serenarse, Maudhuy abrió la puerta del salón.

¿Notó su turbación?... Fuese lo que quiera, su sorpresa fue notable al verlos juntos.

—¡Calle! ¡sois vos, Charens!—dijo.

Y luego, dirigiéndose á su mujer, añadió:

—¡Ah! ¡Era, pues, verdad lo que me decía Miguel, el jardinero... que te había visto pasar en el tren de las cinco y cuarenta! ¿Cómo se explica esto?

—Muy sencillamente,—contestó Clementina dueña de sí y aunque interiormente irritada y avergonzada de tener que mentir delante de Charens.—Luz, á quien yo creía casi bue-

na, ha recaído de una manera alarmante; ha quedado de mucho peligro. Como el doctor de Clamecy me inspira muy poca confianza, me determiné á consultar un Médico de París, y para no perder tiempo vine yo misma... No me detuve en Villanueva, porque estaba segura de saber de vosotros aquí... Cuando tú entraste, estaba rogando al señor de Charens que mandase á buscar al doctor X... que tan bien os ha cuidado, y le enviaré, á ser posible, á Clamecy.

—¡Ah! ¿No es más que eso?— dijo Maudhuy con un suspiro de desahogo. — ¡No sabes la inquietud que me causó el jardinero! Yo sostenía que era imposible, que no eras tú... Pero te había visto en la estación, reconociéndote perfectamente?... Entonces no pude contenerme y vine, imaginando las cosas más absurdas!... ¡Oh! ¡querida Clementina! creí que se trataba de ti personalmente...

Y hablando así la atraía contra su pecho y la abrazaba.

—Pues la cosa era bastante grave,—dijo ella soltándose de los brazos de su marido.—Mi pobre querida tía...

—Sí, sin duda... Tienes razón, es preciso enviar al Doctor... Yo mismo iría á buscarle si no me sintiese algo fatigado...

Y rogó á Charens le prestase aquel servicio. Luis salió.

Después de su partida. Maudhuy, feliz al ver á su mujer, quiso pasar un rato de conversación con ella; pero le acogió con tal frialdad, que sintió verdadero disgusto; y como él se lo hizo observar, Clementina atribuyó su preocupación á la inquietud de la recaída de Luz.

Dicho esto, lo dejó solo y se encerró en su habitación.

Algún tiempo después fue á reunirse á ella, esperando ser mejor recibido.

Estaba sentada á la mesa, escribiendo, y lo recibió con un gesto de impaciencia.

—¡Perdona si te incomodo!—dijo Maudhuy.—¿Estás escribiendo á la tía?—añadió, mostrando una carta que veía terminada.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿en donde tengo la cabeza?—respondió su mujer recogiendo vivamente la carta.—Es á mi padre, anunciándole la visita del Doctor... y como yo no pienso más que en la pobre Luz, se la he dirigido á ella... Pero, á la verdad, esta carta es inútil; no se la enviaré.

Nada había, seguramente, de extraordinario en aquella sustitución de nombre; sin embargo, esta circunstancia chocó más á Maudhuy que todo lo demás.

—¡Es cosa extraña!—se dijo.

Convencido por la actitud de Clementina, que continuaba siendo importuno, no tardó en retirarse, pero esta vez preocupado y triste.

La conversación á solas con Clementina y Charens, á quien ella detestaba; su turbación, porque se habían turbado, bien lo había visto; aquella súbita venida á París cuando Luz estaba de peligro... para buscar un Médico, cuando era mucho más sencillo enviar un telegrama... ¡Todas estas anomalías, todos estos detalles tomaron cuerpo en su imaginación y una siniestra claridad lo deslumbró!

—¡Oh! ¡si fuese cierto!—exclamó.

## IX

Y tanto efecto le hizo esta sospecha, que sus piernas vacilaron y se vió obligado á sentarse.

Luego se levantó bruscamente.

—¡Pero no!—dijo;—es imposible. ¡Vamos!... calma... Discurramos friamente.

Y repasó una después de otra, aquellas cir-

cunstancias que tan violentamente le habían conmovido, y en todas halló la misma significación: ¡lo engañaban!... Además, surgieron otras pruebas, en las que no habían pensado aún.

*¿Qué había de sorprendente en aquel amor?... ¿No se conocían desde niños?... Educados juntos... vecinos... las dos casas contiguas... Pero, ¿y las rivalidades de familia? ¡Eh! ¿qué importaba. En la imposibilidad de unirse, se habían jurado un amor eterno..*

*¿No era Clementina quien le había impulsado á él, á Maudhuy, á ofrecer sus servicios á Luis de Charens? Es cierto que la primera vez él había rehusado: pero ¡disimulo, farsa!... Y la aversión que aparentaban el uno por el otro... ¡comedia atroz!*

En un movimiento de furiosa indignación, quiso correr á ellos, matarlos y suicidarse después; pero se contuvo temblando. Se figuró extendida á sus pies, muerta, aquella mujer á quien tanto había amado y á quien amaba todavía... Y luego, su hijo, aquella dulce criatura que le sonreía y devolvía sus caricias... A tal idea su cólera se desvaneció, y rompió en amargo llanto, no sintiendo más que el horrible peso de su desgracia.

Pasó la noche entera en aquellas alternati-